

Ceros de los guarismos de la fama,  
Con que aumentar la de su nombre pudo  
El jayan, á quien Artus los dió en suerte,  
Y él á mil nobles casas con su muerte.

Cual las hermosas pléyades, que al cielo  
La frente vuela del templado toro,  
Cuando al invierno su natural yelo  
El aire cuaja de importuno lloro;  
Tales verá en alegre paralelo  
Bustamante sus siete lirios de oro,  
Argüello cinco, diez Saltamirano,  
Y Roelas seis con veros de su mano.

A Avila dió otros tantos, de quien puede  
Nuevo blason mostrar resplandeciente  
Por armas del dichoso Balbanedo,  
De oculta sangre real preciosa fuente:  
En Ronda un sucesor de su denuedo  
Su pendon volará, y dará á su gente  
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro  
En Gibraltar por bodas lato y lloro.

O sean ocasionados desto en algo  
Los roeles de oro en cielo azul sereno,  
O el noble escote que pagó un hidalgo  
A un real convite de ocasiones lleno:  
Con ellos á mil trances de armas salgo,  
Con ellos el furor de Arabia enfreno,  
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,  
Y llenas lunas del honor de España.

Del bravo asturiano Grijano el bravo,  
Que bravo nombre á su linaje puso,  
Es el castillo jaquelado al cabo,  
Y al pié de ondas de plata un mar difuso:  
Y el que de un jayan rey, que hizo su esclavo,  
Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,  
Cervantes descendiente de Cervino  
Las ganará de un nieto de Mambrino.

Quitarleha al ya vencido rey la empresa  
Por armas de su casa y apellido,  
Y de las ciervas la una el prado besa,  
Y en vela la otra está del franco exido:  
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,  
Y el rubio Apolo los armó en su nido,  
En favor de Publicola á Corvera  
Nombre darán, blason, y fama entera.

Es cierto que á un sangriento desafío  
De un valiente francés, y este romano  
Un cuervo al franco yelmo hizo sombrío,  
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:  
Faltó al uno, y al otro creció el brío,  
Venció el favorecido italiano,  
Y el cuervo en fe desta merced no escasa  
Timbre á sus gentes dió, y nombre á su casa.

De aquel castillo, leon, y banda verde  
En plateado campo con dragantes,  
Harán, si el tiempo su volar no pierde,  
Los Castillas sus armas como de antes,  
Y con ellas al mundo que se acuerde  
Del rey que mató Enrique, y los infantes  
Que aprisionó en Berlanga, y por medida  
De sus cadenas dió la de su vida.

Las jaqueladas barras, que de Alcides  
Se precian descender en sangre envueltas,  
Son de Sotomayor; y el que en las lides  
Marinas ondas lleva en sangre sueltas,  
De los Marines es, cuyos arduos  
Mostrarán en la mar, y sus riberas,  
Que no es todo ficción lo que se suena,  
De haber sido su madre una sirena.

La primer reina Loba que en Galicia  
La ley siguió de un Dios resucitado,  
Sobre un testuz de lobo á la milicia  
Del cielo aquel lucero hurtó dorado:  
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,  
Y con su empresa le hace señalado,  
Es Lobera, que en armas y apellido

La clara fuente da, en que fue nacido.

Dos negros lobos en plateado escudo  
Hará don Vela de Aragon infante,  
Parlera fama, que en lenguaje mudo,  
El invicto valor de Ayala cante:  
Y dando con Salcedo un casto nudo  
Del rubio conde con la hija amante,  
Serán al real pavés nuevo tesoro,  
Verdes panelas, sauce, y campos de oro.

Ya desta vela real alegres rayos  
De invicta y noble luz gozará España,  
Del árabe infeliz tristes desmayos,  
Y del cristiano pueblo honrada saña:  
Brotarán rosas los floridos mayos,  
Y deste real enjerto la montaña,  
Mas solares de hidalgos sucesores,  
Que de abril fuentes, ni de mayo flores.

De aquí el conde Floyan, Pereira espera  
Un señor en Trastámara, que alumbre  
Del firme escudo la plateada esfera,  
Con roja alegre cruz de inmortal lumbré:  
Y un condestable portugués, que entera  
La sacra insignia en pompa heroica encumbra  
Entre ocho escudos las reales quinas,  
Que en bella orla serán flores divinas.

De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,  
Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,  
En brio, armas, linaje y fama eterna,  
Mas luz darán que el carro de Faetonte:  
De aquí en un rayo desta vela tierna,  
Cuando á la bella Munia se confronte,  
Del gran Carlos Martel nieta escelente,  
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.

De la una, ya en la invicta Soria crece  
De inmortal lumbré la segunda vela,  
Cuya águila, si en plata resplandece  
Entre lisonjas de fortuna vuela:  
Y de la otra, á la roja espada crece  
Un gran maestro Martel, Marte en su escuela,  
Que á su escudo dará en igual distancia,  
Bastones de Aragon, lirios de Francia.

Destos dos troncos la tercera rama  
Vela y Martel serán, despues Balbuena,  
Que al castillo Ferral su brazo y fama  
La insignia subirá de trabas llena:  
Mas la enemiga de quietud, que trama  
La humana estambre al pulso de su vena,  
Con la potencia de Baeza y Baza,  
Rendir le hará la conquistada plaza.

Y él, ya ofendido del contrario hado,  
Sus armas renunciando y su apellido,  
A eremítica vida retirado,  
Nada parecerá de lo que ha sido:  
Aquí de vanos faustos descartado,  
A los firmes del cielo reducido,  
Del valle ameno, y de su dicha buena,  
De Vela el nombre trocará en Balbuena.

Dará allí su virtud al mundo ejemplo,  
Y con favor de un casto rey potente,  
De castas almas un sagrado templo  
A la Virgen, de amores castos fuente;  
Cuya grandeza así crecer contemplo,  
Que en la real proteccion claustra eminente  
De cándidos armoños será al suelo,  
Que el eco suban de su nombre al cielo.

Deste santo Hilarion un noble aliento  
Sucesor de su casa tendrá vida,  
Que á defender la de un delphin atento,  
Y hallar la empresa de un toison perdida,  
Por las tinieblas de la noche á tiento  
A su águila dos lirios de oro añida,  
Victoriosa guirnalda del tesoro  
De los hallados eslabones de oro.

Hijo suyo será el valiente pecho,  
Que con roja florida cruz armado,

Sobre Guadix pondrá á la fama hecho  
De ilustre sangre el título de honrado:  
Y el que á un rey justiciero sin provecho  
De Alcaraz el pendon dará bordado,  
Y el magnánimo Enrique en su servicio,  
De Notario mayor el grave oficio.

De aquí un yerno de un noble adelantado  
Feliz muro será de su frontera,  
Otro obispo en Valencia, otro el grabado  
Baston ha de regir en Antequera,  
Otro á donde se ahoga el sol dorado,  
Cuando en la tierra ya no reverbera,  
Del gran sello imperial con la potencia  
A Jalisco á fundar irá una audiencia.

Del noble valle destas limpias flores,  
Con rosicleres de Velasco ardientes,  
Si bien ya de encubiertos resplandores,  
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,  
Nueva guirnalda de inmortales loores  
Dará el hado á tus hechos escelentes,  
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,  
Que al mundo asombre con lo que ahora espanta.

#### ALEGORIA.

En las grandes hazañas de Hernandó Cortés, se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitán español, que intrépido acomete, y sale á pesar de la fortuna con lo que intenta.

En el corpulento jayan que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que preñado de oro derramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dinero y como á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia, que por otra vía no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

#### LIBRO VIGÉSIMO.

ARGUMENTO. Libro Bernardo á Garilo de la horca, y el aquel á noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro día á Dndon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad, y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: hiciese Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfia en un monte llorando un caballero muerto; daie nuevas de Arcángelica, y partense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamiento.

¡RARO suceso! el cielo soberano  
Los monstros trueque en favorable agüero,  
Y como puede haga de su mano  
Feliz el caso que asombró primero:  
Al fresco arrimo de un laurel lozano,  
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,  
Como á pedir favor la musa mia,  
Tras un prolijo curso llegó un día.

No es trazada invencion, si bien parece  
Obra sutil de pluma artificiosa:  
Por donde á un fresco arroyo la orla crece  
De verde juncia y grama revoltosa,  
Cuando el temprano almendro aun no florece,  
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,  
A que me ampare fui del sol que ardia,  
Del hojoso troncon la sombra fria.

Allí ocupado en trasuntar al vivo  
Mi espíritu á un papel (¡extraño caso!)  
De una águila real el vuelo altivo  
El silencio rompió del aire raso:  
Y de repente dando en lo que escribo,  
En los duros artejos el escaso  
Borron arrebató, y hácia la esfera  
De la agradable luz volvió ligera.

Quedé absorto, y á ver el raudo vuelo  
Que dió en mi daño la traidora arpía,  
Puesto en pié mil suspiros doy al cielo,  
Que sordo al parecer ninguno oía:  
Y el sin piedad ladron con el señuelo  
Volando entre las nubes parecia  
Correo de Arabia, que en los aires lleva  
De Palestina á Persia alguna nueva.

Seguíle con los piés un rato en vano,  
Y cuando mas no pude, con la vista,  
Contemplando en sus garras del liviano  
Papel la blanca tremolante lista;  
Cuando furiosa en vuelo mas lozano,  
A ser de un nuevo mundo coronista,  
En mis ojos faltó, y en mí el sentido  
Al peregrino caso sucedido.

Y lo que en mil desvelos de cuidado  
Mi humilde musa concertado habia,  
El rigor de un suceso no pensado,  
Viéndolo yo, lo destruyó en un día:  
¡Oh cielos! ¡si el trabajo dilatado  
Por tantos años desta historia mia  
Ha de desaparecer la voladora  
Y cruel arpía del tiempo en sola un hora?

¡Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,  
O ha de volar sin fin de gente en gente?  
¡Si subió el ave mi papel al cielo,  
O caer le dejó de impertinente?  
¡Quién me dirá este enigma? este recelo  
¡A quién no hace encoger hombros y frente?  
El tiempo lo hará claro, y mi motivo  
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.

Ni es bien que el frio temor entibie tanto,  
Que el noble aliento del valor consuma,  
Mas fiar con firme fe del cielo santo,  
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;  
Que si el ave voraz me hurtó un carito,  
El papel se llevó, y dejó la pluma,  
Y haciendo en ella próspero el agüero,  
Así ahora esplicar sus miedos quiero.

Que el águila, que es reina de las aves,  
Será mi fama de los tiempos reina,  
Que con vuelo inmortal, y acentos graves,  
De aquí, donde la oscura noche reina,  
Hasta donde entre músicas suaves  
El alba de oro sus cabellos peina,  
Mis papeles, mis versos, mis razones,  
Volará de naciones en naciones.

Esto se quede á cargo de la fama,  
Que es de los venturosos sabios norte,  
Y la que por sus términos los llama,  
Y sube á grandes de su casa y corte:  
Feliz yerba es la yedra, si se enrama  
A un muro altivo, á quien no alcanza el corte  
De la envidia, pues queda con su altura,  
Él mas vistoso, y ella mas segura.

Pues dando el cielo á mi encogida yedra  
Por muro el que lo ha sido y es de España,  
Hecha ya basa de tan firme piedra,  
Ni agüeros teme, ni temor le daña:  
Si el buen arrimo da segura medra,  
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?  
Pare el miedo servil, vuelvo á mi estilo,  
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.

En dulce suspension el noble godo  
Mirando estaba en el compás pequeño  
De aquel bello teatro el rico modo  
De su adorno, sus armas, y su dueño;  
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo,  
Cual blandas sombras de templado sueño,  
Y en un campo se halló florido y verde,  
A quien de Ebro el cristal las faldas murde.

Y el día siguiente caminando en duda,  
Sin conocer la tierra donde estaba,  
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda

Que el seguido camino en dos cortaba,  
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda  
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba  
Un lazo al cuello, y en engace doble  
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,  
Y el leonés viendo el lastimoso paso,  
«Teneos, á voces dijo, tené, amigos,  
Sepamos la ocasion, suspende el caso:»  
Y por entre alcornoques y quejigos  
A toda rienda sale al campo raso,  
Cuando ya ellos tambien á toda priesa  
El nudo daba á la sogá gruesa.

Él por llegar á tiempo, ellos por dalle  
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,  
Todos priesa se dan, á mí dejalle  
En esto, la que tengo me convida,  
Que veo á Orlando en un profundo valle  
De ciegos monte, y áspera salida,  
Donde para volver á su camino,  
Si el caballo cobró, no cobró el tino,  
Dejó la humilde casa del engaño,  
Y aquel que serlo en ella parecia,  
Y el astuto Garilo, con el daño  
Que en el robado anillo hecho habia,  
Tras el perdido conde el país estraño  
A ciegas cruza, y al huirse el día,  
Del grave sueño en la quietud profunda,  
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante  
De la fria luna, ¡oh capitán robusto!  
¡Vos sois, le dijo, el príncipe de Anglante,  
Y el general baston del cetro augusto?  
¡Así en desvelo y guarda vigilante  
Las reliquias poneis de vuestro gusto?  
Quien en el sueño como vos se olvida,  
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida.»

Despertó el conde, y viendo á Brilladoro  
Segunda vez en manos de Garilo,  
La paciencia perdió, perdió el decoro,  
Y de su autoridad el grave estilo:  
Y cual vencido garrochado toro,  
A quien acosa de la gente el hilo,  
Los ojos cierra, y con la corva frente  
Por los palenques rompe, y por la gente,  
El impaciente conde, así en gallardo  
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,  
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,  
Ambas deudas cobrara por entero:  
Huyó el ladrón, y cual ligero pardo  
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,  
Y al que le huye su caballo fuerte  
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.

Aquella noche, y el siguiente día,  
Y sin ese otros seis siguió su alcance,  
Que á uno el enojo, á otro la alegría,  
De uno los empeñaba en otro lance:  
Cuando una tarde el catalán que huía,  
Temeroso que el rayo no le alcance,  
A la ancha entrada de una estrecha puente  
A Dudonio encontró, y su franca gente.

Volvia de Zaragoza, adonde vino  
Por sabio embajador de Carlo Mano,  
A granjear del rey, que por vecino  
Favor ni gente preste al asturiano:  
Y viendo el descompuesto desatino,  
Con que al sudado potro aguija en vano  
El medroso ginete, y que él bufando,  
A falta de voz, dice, que es de Orlando:

Hizo alto el escuadron, cuando él en medio  
De cien franceses puesto de improviso,  
Aunque con sus embustes dar remedio  
Al impensado aprieto y riesgo quiso,  
Fáltóle en el brevisimo comedio  
Para saber fingir tiempo y aviso,

Y así antes de advertirse del suceso,  
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el príncipe de Brava,  
Que ya tan al estribo le seguía,  
Que donde un pié el caballo levantaba,  
Los suyos él por le alcanzar ponía:  
Mandó al ladrón colgar, que era á quien daba  
Del sin piedad verdugo la porfia  
Espantosa lazada, cuando pudo  
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon, ni al ofendido conde,  
Que iban ya dentro de la selva espesa,  
Y del árbol ninguno le responde,  
Listos á darse en lo que hacen priesa:  
Visto el rigor el español, por donde  
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa  
A socorrer el riesgo, que es de modo,  
Que á un pié de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,  
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,  
«Paso, dice, cobardes, que me importa  
Saber la causa de esa infame muerte:»  
Cuando uno de los cuatro le reporta,  
Y en blanda voz: «señor, le dice, adviérté  
Que esa lazada al cuello es propia ajorca  
De un ladrón, y su tálamo la horca:

Y este, en los de su oficio el mas cursado  
Que de Jaca amparó la inculca sierra,  
Ya dos veces á Orlando le ha robado  
Su caballo, y su fino arnés de guerra:  
Hale traído ofendido y acosado  
Desde su patrio suelo al desta tierra,  
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,  
Y él ponerle mandó en el primer roble.

Púdolo hacer el senador romano,  
Por ser quien es, y porque dello gusta;  
Firma es esta sentencia de su mano,  
Y basta el serlo para ver que es justa:  
Los dos al pié del bosque comarcano  
La dan por tal; si te parece injusta,  
No van lejos de aquí, ni un mundo es lejos  
Para libres volver por sus consejos.»

Así el franco, y así el leonés llegando  
La aguda punta el lazo cortar quiere:  
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando  
De Roma senador, sea lo que fuere,  
El preso es noble, y español; y cuando  
Esas fingidas culpas cometiere,  
No es Francia dueño, Roma es parte estraña  
A castigar por sí culpas de España:

Y sobre esto á la franca gente junta  
Si toda viene estorbaré esta muerte.»  
Dijo, y corriendo la delgada punta,  
La lazada cortó del nudo fuerte:  
Y el que en cortés respuesta á su pregunta  
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,  
Al dulce corte de su aguda espada,  
Su honra satisfacer quiere agraviada.

Al verdugo feroz manda ejecutar  
Su oficio, mientras él el de su saña,  
Porque ningún cobarde arnés le impute  
Flaqueza al noble suyo en tierra estraña,  
Saca su espada, y quiere que conmute  
En sangre su primer piedad España,  
Y el godo al noble término obligado  
Ofender no pretende al que no ha errado.

Y así en la muerta fama de su escudo  
Los vivos golpes sin le herir recibe:  
Los que al diestro esgrimir del filo agudo  
De humilde amparo ven que se apercibe,  
Cobarde ánimo cobran, y en menudo  
Combate en su grabado arnés escribe  
Feroz cada uno la destreza que usa,  
Mas él de cuatro á solo el uno excusa.

Que á tres golpes la falda de la sierra

De los tres heredó cuerpo y acero,  
Y el cuarto ya la maltratada guerra  
Paró asombrado, y dijo al caballero:  
«¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,  
De nobleza y virtud un cielo entero!  
Quiero estimarle ya, pues me le ofrece,  
Un vivir que te debo tantas veces.»

Y como absorto en ver su gallardía  
El caballo volvió á seguir su gente,  
Y el godo hácia Garilo, que venia  
A le ofrecer la libertad presente:  
En cuya peligrosa compañía,  
Al pié de un sauce, al márgen de una fuente,  
Agradable reposo la espesura  
Al luto ofrece de la noche oscura.

El falso catalán, por no negalle  
Su premio al beneficio recibido,  
Tenerle quiso compañía en el valle,  
Que es servirse mostrarse agradecido:  
Y por mas á su intento desvelalle  
Largos cuentos fingió, y despues dormido  
La rica espada hurtó al siniestro brazo,  
Llave sutil del mal logrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble godo,  
Y hallando al huesped y á su espada menos,  
Vió que es volver por un ladrón en todo  
Hacer propios agravios los ajenos:  
Sintió el perder sus armas, sintió el modo  
De pagarle tan mal deseos tan buenos,  
Y que sea de su patria ingrato vicio  
Afrontar con desden el beneficio.

Buseó el caballo, y viendo hurtado el freno  
Agradeció la mano comedida,  
Que quien á él la espada, y á otro el heno  
Robó, robar tambien pudo su vida:  
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno  
La senda menos agra, y mas seguida,  
Como en rastro del alba dos luceros,  
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el conde Orlando,  
Que en busca suya, y del traidor Garilo,  
La siempre amarga envidia devanando  
Memorias de dolor los trae de hilo:  
Fue el vencido francés así ensalzando  
La libre espada, y el compuesto estilo  
Del victorioso godo, y la jactancia  
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,  
Dueño cada uno del agravio todo,  
Sin darse uno á otro parte en los intentos,  
En busca entraron del ausente godo:  
Corriéronse de ver sus pensamientos,  
Al encontrarse heridos por un modo,  
De una envidia, y que dos tan graves lanzas  
A un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,  
Cada uno al otro pide el ir delante,  
Cuando el florido tumbo de un collado  
Les dió un muerto escuadron poco distante,  
Sin espada, y á pié un doncel armado:  
Dudan si es él, si bien su real semblante,  
A quien le mira da en lenguaje mudo  
Mas voces que la fama de su escudo.

Sus tres franceses mira Orlando muertos,  
De tan nuevas heridas asombrado,  
De los golpes los dos por medio abiertos,  
Y sin hombro el tercero, y sin costado:  
La voz suspensa, y los cabellos yertos,  
El contemplarlos deja al mas osado;  
Cuando así el conde al príncipe de España,  
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.

«¡Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme  
Destos tres golpes donde está la espada,  
En alentado pulso y brazo firme,  
Mas que en consejo ni en razon fundada?»

«¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»  
A quien Bernardo, la visera alzada,  
«Señor, le respondió la espada bella  
Ayer fue mía, ahora no sé della;

Que el mismo á quien dió vida en este valle,  
Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,  
Que escusar á un ladrón la muerte, es dalle  
Osada libertad á nuevos daños:  
Yo que hice mal confieso en alargalle  
La indigna vida á mal gastados años,  
Mas fue fuerza volver en mi hazaña  
Por la ofendida libertad de España.»

«A estar allí esta mia, dijo Orlando,  
La potencia de España no pudiera  
De mi decreto suspender el mando,  
Ni al ladrón estorbar que no muriera:  
¿Vos sois alguno de su infame bando,  
Pues volvistes por él de esta manera?  
Que si es ladrón quien hurta, ya se entiende  
Que lo será tambien quien lo defiende.»

Reportóse Bernardo, y dijo: «vienes  
Con justo sentimiento alborotado  
Del nuevo estrago que presente tienes,  
De una injusta ambicion ocasionado:  
Ni puedo responder á tus desdenes,  
Hasta que Orlando, como lo he jurado,  
Perdon á mis piés pida del esceso  
De haber tenido un libre español preso.»

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda  
De cuál fuese Dudonio, y cuál el conde,  
Y en esta estratagemá quiso aguda  
De los dos conocer quien le responde:  
Orlando con su lengua tartamuda,  
«Yo soy, dijo, á quien buscas, mira á donde  
A morir has venido, á serme dado  
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»

No al brio gallardo de un ginete mozo,  
En el alegre orgullo de la caza,  
El presto gamo causa mayor gozo,  
Que el bosque con sus cuernos despedaza,  
Ni al vulgo juvenil mas alborozo  
Un presto toro en medio la ancha plaza,  
Que á Bernardo causó tener delante  
El tan nombrado príncipe de Anglante.

Y así le respondió: «tienes tan tuya  
La fama, invicto conde, que en su mengua  
No sé si tus hazañas atribuya  
Mas á tu heróico brazo, que á tu lengua:  
Mas ahora las aumente, ó disminuya,  
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,  
No es todo falso en sí lo que pregona,  
Segun la magestad de tu persona.

Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,  
En tenerte á mi brazo y voz presente,  
Para saber si tienes, ó has tenido,  
Lo que la fama cuenta de valiente;  
En lo que dices que ladrón he sido,  
Como ahora tú, quien lo dijere miente,  
Y mentirá tambien quien no confiesa  
La ventaja española á la francesa.

Y porque á falta de mi arnés entero  
La batalla no escuses deseada,  
Al que contigo viene le requiero  
El caballo me dé, y preste su espada,  
Con que ganando ya la tuya, quiero  
Dejar la que me hurtaron mejorada;  
Y si de voluntad no me la diere,  
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere.»

Dudon, que á los principios la cordura  
Del mancebo estimó su talle y brio,  
Ya por loco le tiene, y por locura  
Cuanto habla, y su razon por desvario:  
Y al agravio de tal desevoltura  
Deja el caballo, y toma el desafío,  
Y la desnuda espada que apetece

Por la delgada punta se la ofrece.  
 Puso el brioso español mano á su daga,  
 Y al francés bravo, que blandiendo tiene  
 La relumbrante hoja, antes que haga  
 Seguro golpe que sus brios enfrene,  
 Rebatido una punta al pecho amaga,  
 Y á la vista á compas volando viene  
 El agudo puñal, que al yelmo fino  
 Quitó mil luces, y á Dudon el tino.  
 Y ayudando á su nuevo desacuerdo  
 Con él cerró á cobrar su acero agudo,  
 Y en abrazo enemigo mas que cuerdo  
 Hechos fueron al verde prado un nudo  
 El leonés vivo al franco sin acuerdo  
 La daga que á su mano volver pudo,  
 Ya ciego en su primer ventaja, prueba  
 A darle lugar nuevo, y puerta nueva.  
 Rompió al grabado yelmo las hebillas,  
 Y al aire dió la desarmada frente,  
 Y en sus vencidos pechos de rodillas,  
 Que vuelva espera en sí el que allí no siente:  
 Cobró vista el francés, vió maravillas,  
 Piensa que es sueño lo que ve presente,  
 Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,  
 Mudarse todo un hombre extraño caso.  
 Era Dudon gran duque de Marsella,  
 De fuertes miembros y ánimo excelente  
 De la real Francia, y de los bravos della,  
 De diez, de seis, de cuatro el mas valiente  
 En comenzar batalla, y fenecella,  
 De colérica espada, y brio ardiente;  
 Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,  
 Que ni brio ni espada es de provecho.  
 Así tal vez se vió pino lozano,  
 Beldad y sombra del vecino otero,  
 Que á un estallido por el suelo llano  
 Su duro tronco echó rayo ligero;  
 Al dar en tierra, el segador cercano  
 Que ampararse á su sombra iba primero,  
 Suspense, ni se acerca, ni retira,  
 Mas asombrado y triste calla y mira.  
 «Yo no quiero de tí, dijo Bernardo,  
 Mas que espada y caballo, con que vea  
 Este invencible paladin gallardo  
 Lo que ahora como yo tambien desea:  
 A que con gusto me lo des aguardo,  
 O la vida con ello; tuya sea  
 La culpa, si por bien no me concedes,  
 Lo que ya defender por mal no puedes.»  
 Asombró á Orlando el valeroso hecho:  
 Dudonio lleno de confuso espanto,  
 La espada ya en su mano sin provecho  
 Libre dió, y del caballo hizo otro tanto:  
 Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,  
 El conde puesto por testigo en tanto,  
 En la batalla se aprestó, en que piensa  
 Tomar de tantos daños recompensa.  
 Bien que atento á las fuerzas del contrario,  
 Su vivo aliento, su altivez ligera,  
 El breve asalto, el golpe temerario,  
 Y del suceso la victoria entera,  
 Las mudanzas temió del tiempo varió,  
 Y esta dicen que fue la vez primera  
 Que al conde halló el temor, y tuvo á una  
 Por variable el rostro de fortuna.  
 La blanca garza, á quien de la Noruega  
 Los prestos sacres siguen por el viento,  
 Callando sube, y remontada niega  
 La vista al mundo, alcance al pensamiento;  
 Y aunque uno le da, otro le llega,  
 Otro la sigue, y la encaraman ciento,  
 Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,  
 A quejarse comienza desde el cielo.  
 El mismo impulso al corazon del conde  
 En el presente trance dió latidos,

Y sin ver causa, ni saber por donde,  
 Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,  
 Y una nueva tibieza corresponde  
 A los alientos antes no vencidos  
 En esta lid, que le hace entrar en ella  
 Con pocos alborozos de vencella.  
 Estaba el conde en la grandeza dina  
 De su antigua opinion de miedo ajena,  
 Como en el fértil campo parda encina,  
 De antiguos años y despojos llena,  
 Que ni el viento la mueve, ni le inclina  
 De los nudosos ramos la cadena,  
 Antes en medio de los bosques puesta,  
 A sola ella hacen los pastores fiesta.  
 Bernardo de otra parte altivo estaba,  
 Si no de tanto nombre de mas brio,  
 Con un bullicio y lozania, que daba  
 Al de mas fama y opinion desvío:  
 En vencer solo con destreza brava  
 Sin otros medios, puesto el albedrío,  
 Y en salir con real pecho y osadia,  
 A cuanto la ira y gusto le pedia.  
 Cual presto rayo que su lumbre ardiente  
 Por los aires derrama repartido  
 El mundo asombra, y de temor la gente  
 Dando paso se humilla al gran ruido,  
 Y él deslumbrando cruza de repente  
 El rico alcázar, que dejó abatido,  
 Que ni de antiguo muro hace caso;  
 Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.  
 Y él en tanto la silla del caballo  
 En aire brioso cobra, y le revuelve,  
 Y al deseo de justar para incitallo  
 La firme lanza empuna, y feroz vuelve:  
 Conoce el conde que es desafiado,  
 Y en vengar tanto agravio se resuelve,  
 Partiendo con tal cólera á buscallo,  
 Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.  
 No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,  
 Si arrebatados de contrarios vientos,  
 Por fuerza de violencia milagrosa  
 La eterna raiz faltase á sus cimientos,  
 En medio el Tempe junta mas furiosa,  
 Ni golpes sonarian mas violentos,  
 Ni del Pelion los riscos al encuentro  
 Mayor bramido harian en su centro,  
 Que el hueco valle y montes comarcanos,  
 Al ronco trueno y súbita estampida,  
 Con que los dos guerreros á las manos  
 De su furia vinieron encendida:  
 Y habiendo vuelto en átomos livianos  
 Dos pinos, que aun se estaban con la vida,  
 Mas firme los contempla el campo raso,  
 Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.  
 Asombró cada cual á su enemigo,  
 Y Dudon lo fue allí de lo que via,  
 Que al grave caso puesto por testigo,  
 Que sueña piensa, y que le engaña el dia:  
 Y aunque con ojos y aficion de amigo  
 Al conde acata y mira todavia,  
 Halla que si hay ventaja, ó puede labella  
 Entre los dos, que el godo está con ella.  
 Mas ellos las espadas ya en la mano,  
 Y su furia y rigor en los escudos,  
 Con tal priesa se hieren, que hacen vano  
 El cuidado de golpes tan menudos:  
 En Flegra, en el combate soberano,  
 Cuando sobre los Titanes membrudos  
 Llovía Júpiter rayos, sus espantos,  
 Ni fueran en rigor tales, ni tantos.  
 Dió el conde á su contrario un altibajo,  
 Que á la fama cortó brazo y clarines  
 En el grabado escudo, y á él le trajo  
 A besar del caballo cuello y clines;  
 Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,

Francia gozara mas sus paladines,  
 Y aun él quizá tambien de esa manera  
 Por invencible el mundo le tuviera.  
 Mas resbaló la espada por lo alto  
 De la celada, y el valiente godo,  
 De honor herido, y de paciencia falto,  
 A vengarse ó morir se arrojó todo:  
 Y puesto en los estribos, dando un salto  
 Su frison, alcanzó al francés de modo,  
 Que le hizo besar á un mismo vuelo,  
 El su caballo, y su caballo al suelo.  
 Dió un grito Don Dudonio del espanto  
 Que el golpe le causó, y mayor le tuvo,  
 Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto  
 Que el conde volvió en sí, parado estuvo,  
 Que á segundar con otro, ni el encanto  
 Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo  
 De Almonte, ni su hadada fortaleza,  
 Libre del riesgo dieran su cabeza.  
 Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado  
 En que aquel brazo y su valor le tiene,  
 Con la afrenta y furor desesperado  
 La espada aprieta, y á buscarle viene;  
 Y el español no menos arriscado  
 Con la suya á dos manos le detiene,  
 Hasta que en rebatir furioso á una  
 Del hado tientan la última fortuna.  
 Y vueltos á encenderse en su refriega,  
 Con mas aliento y brios que primero,  
 Donde uno se retira, el otro llega,  
 Y ninguno al herir llega el postrero:  
 Uno el escudo hiende, el otro siega,  
 Cual trigo de sazon, mallas de acero;  
 Uno da, otro recibe, y ambos juntos,  
 Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.  
 Cual dos fieros centauros, que á las cumbres  
 De Osa celosos muestran su braveza,  
 Porque de Deyanira las dos lumbres  
 Con igual gusto miran su destreza;  
 De sus duros peñascos las vislumbres  
 Vueltas centellas giran larga pieza,  
 Resuena el bosque, y cúbrese la tierra  
 De los destrozos de la horrible guerra:  
 Así la honra francesa, y la española,  
 Celosas de la fama que las mira,  
 Como el hinchado Egeo entre ola y ola  
 En fuerzas crece, y se derrama en ira,  
 Resuena el valle, el aire se arrebola,  
 De las centellas de oro que retira  
 Del rebatido acero, que el desierto  
 De rajás tiene y confusion cubierto.  
 Dió el francés un mandoble en el escudo,  
 Que de la fama al suelo echó un pedazo,  
 Y no fue el godo en responderle mudo  
 Del firme acero con el gran recazo:  
 Que á alcanzarle la espada mas de agudo,  
 A cercen de los dos llevara un brazo,  
 Mas del hombro y encaje de una greva  
 Sobre el campo salió una luna nueva.  
 Y tras él otro, y otro le segunda,  
 Como sobre su yunque el duro Bronte,  
 Cuando en masas de fuego forja y funda  
 Rayos contra el flamigero Faetonte:  
 La sima al hondo valle mas profunda  
 Suenan, y los ecos del preñado monte,  
 Hacen un triste son y estruendo horrible,  
 A solo el duro mar apetecible.  
 Ya del dia la mitad la blanda yerba  
 Del bosque, el cruel teson sufrido habia,  
 Y á ellos entre un palenque de superba  
 Gente, que en busca de Dudon volvia:  
 Ningun brio allí ni maña se reserva,  
 Que á la victoria de su gran porfia,  
 Aunque hay muchos, no quieren mas testigo  
 Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas  
 A brazos hacen de sus fuerzas prueba,  
 Las manos por los hombros anudadas,  
 Cada uno al otro aquí y allí le lleva:  
 Crujen las duras grevas apretadas  
 Entre el brio de los músculos que ceba  
 Su furor en la lucha, y los caballos,  
 Ni pueden ya traellos, ni llevarlos.  
 Gimien, sudan, anhelan, y arrodilla  
 El mas brioso caballo: uno se estaca,  
 Otro la yerba en caracoles trilla,  
 Y de su centro las raices saca:  
 Petos, golas y arneses deshevilla  
 Del teson duro la mortal resaca,  
 En un grueso anhelar, y aliento vario,  
 En que cualquiera bebe el del contrario  
 Sacó el conde una daga, y al costado  
 Arrimarla probó del enemigo;  
 Mas él, no en tales lances descuidado,  
 Picó el caballo, y le llevó consigo:  
 Perdió la silla, y fue á buscar el prado:  
 Saltó el godo tras él, que no es amigo  
 De ventajas; mas viéndose la suya,  
 Medroso está Dudon que la concluya.  
 Y ellos con nuevos brios y denuedo  
 Tras su porfia quieren acaballa,  
 Y como ya se hieren á pié quedo,  
 Mayor espanto pone la batalla:  
 Solos los dos del riesgo están sin miedo,  
 Que los demás que se hallan á miralla,  
 Aun desde fuera no se ven seguros  
 Del grave riesgo de sus golpes duros.  
 Así el horrible Marte con Briareo,  
 Si proballe tal vez le cupo en suerte,  
 Darian soberbios golpes, y al deseo  
 Diversos modos de hallar la muerte:  
 Tales los dos en su combate veo,  
 Y el batir las espadas de tal suerte,  
 Que como con cien brazos á un momento  
 Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.  
 Ya el sol, que por mirar su gentileza  
 Aquel dia madrugó á alegrar la gente,  
 Tibia su luz, y ardiendo la braveza  
 De los guerreros vió desde el Poniente:  
 Y contemplando el número y grandeza  
 De golpes y heridas, juzga y siente,  
 Que era en su batallar mayor el vuelo  
 De su ira y su furor, que el de su cielo.  
 Y no queriendo ver de compasivo  
 La muerte de los dos, ni de ninguno,  
 Cerró la noche, y con un golpe esquivo  
 Roldan con su colérico importuno:  
 No quedó rostro ni semblante vivo,  
 Ni de los que le vieron pecho alguno  
 Que no se estremeciese al estallido,  
 Y el corazon le diese algun latido.  
 Fue tan cargado el golpe, que sin tino  
 Traspies dió por caer el firme godo,  
 Y á no volver la furia en desatino,  
 Fuera el segundo vencedor del todo:  
 Mas erró este postrero el paladino,  
 Y su contrario se arrestó de modo,  
 Que arrojando de sí el mellado escudo,  
 Con su furia llegó hasta donde pudo.  
 Y á dos manos la espada, el yelmo fino  
 Al fiero golpe resonó tan hueco,  
 Que á las grutas del monte, y al vecino  
 Bosque se vió sonar una hora el eco:  
 Cayó al suelo el famoso paladino  
 Vivo, mas sin sentido; ¡extraño truco!  
 Y vuelta de fortuna! que por junto,  
 Cuanto en mil años da, lleva en un punto.  
 Pudo á su voluntad darle la muerte,  
 O de veras saber si era encantado;  
 Mas nunca en un rendido, un pecho fuerte

Con sangre noble, dió golpe sobrado:  
Antes dolido de la adversa suerte,  
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,  
Solo el escudo le quitó en memoria  
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo: «este le llevo  
Para que el bravo conde me le pida,  
Cuando por bien tuviere que de nuevo  
Nuestra batalla quede fenecida:»  
Y cual presto neblí, el feroz mancebo



Ya en la silla, hace que el caballo mida  
El campo en tan lozana gallardía,  
Como si al fresco hubiera holgado el día.  
Y haciéndole en bizarra contención  
Salir ligero, al tiempo del sacallo,  
«Señor, dijo á Dudon, con tu licencia  
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:  
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia;  
Y yo que no sé el puesto en que me hallo,  
Buscar quiero acogida, antes que llegue  
La noche á su rigor, y me la niegue.»  
Y sin otra respuesta á lo cerrado  
Del bosque tomó el paso mas derecho,  
Dejando el campo en suspension callado  
Al increíble aliento de su pecho;  
Celebrando el silencio, el no esperado  
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,  
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,  
La fama le quitó, y dejó la vida.  
Corrió Dudonio á socorrerle cuando  
Del desacuerdo con furor volvía,  
Y á su ausente contrario amenazando

La espada entre los suyos esgrimia:  
Quiérenlo sosegar, pero no hallando  
Muerto á sus pies al que antes combatía,  
Con un nuevo dolor pierde el sentido  
Que el corazon le da, que está vencido.  
Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo  
El caso le doró, y cubrió la afrenta,  
El verse sin contrario, y sin escudo,  
Le hace mas que el amigo engaño sienta:  
Y dando de ansia á la garganta un nudo,  
Tal tragedia el honor le representa,  
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,  
Segunda vez se hallara sin juicio.  
Pero á sofa una rama que le queda,  
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,  
Y sin que nadie detenerlo pueda  
Parte á este fin el senador romano:  
Mas cuando la ventura queda fuera  
Es darse priesa caminar en vano,  
Que en vano ara la mar, quien desde el suelo  
Los cursos piensa gobernar del cielo.  
Desvolvió en seguimiento de la saña,

Que un infierno labró de su memoria,  
Tras su venganza lo mejor de España,  
Y tras su pena la perdida gloria:  
Dejando del furor que le acompañaba,  
De iustres hechos una heroica historia,  
Que fuera de aparato y alegría,  
A poderla aquí hacer suya, á la mia.  
La ilustre empresa de los arcos de oro  
Que en Alarcos ganó, la imágen bella  
Que en los floridos campos del tesoro  
El rayo le dió vida de una estrella,  
Y de Guisando el encantado toro  
Con que la tierra aró, sembrando en ella  
Las perlas de un laurel, que dieron gente  
Mas que en Tebas á Cadmo, y mas valiente,  
Y otros insignes hechos, cuya fama  
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;  
Mas ni á tan grande voz la mia me llama,  
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa:  
Ya algun día el cielo esta menuda rama  
Tronco al Parnaso hará de heroica trompa,  
En tanto que dé ahora á lo importante  
Del grave curso del señor de Anglante.  
Que feroz de aventura en aventura,  
De arar cansado el real solar de España,  
Sin hallar de la muerte que procura  
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,  
Arrojado del tiempo, y la ventura,  
Del Pirineo pasó la alta montaña,  
Y á su campo llegó el alegre día  
Que el César admitió en su compañía.  
De otra parte, despues que el grave peso  
De su batalla el vencedor Bernardo  
Libre arrojó de sí, y en largo esceso  
Vencido dió de Francia al gran bastardo;  
Ni mas ufano ni arrogante en eso,  
En cortés compostura, y paso tardo,  
Dejó el suspenso campo, y al vecino  
Bosque á buscar reposo abrió camino.  
Y al salir dél, tras las doradas señas  
Que un claro fuego desde lejos hizo,  
Al pié de un monte, entre sus crespas greñas,  
De una quinta, halló el solar pajizo,  
Donde en mesas cenó de humildes peñas,  
Lo que el cansado espíritu rehizo,  
Y al dulce curso de un sabroso sueño  
El de la fria noche fue pequeño.  
Informóse otro día de la tierra,  
Y de Leon el camino mas sabido,  
Por donde tras el fin que su alma encierra  
Algunos días le llevó seguido;  
Cuando al recodo con que el paso cierra  
Un claro arroyo al de un collado erguido,  
En duros hierros sin piedad ligados  
Con dos presos venir vió diez soldados.  
Mas ya del grave conde de Saldaña,  
Y de Teudonio la áspera cadena,  
Que del fuerte castillo en la montaña  
De Luna en triste son trágico suena,  
A contar de ambos la desgracia estraña  
Ambas manos le da, y la pluma llena,  
Que de un signo infeliz la adversa suerte  
A un desdichado sigue hasta la muerte.  
Despues que del rey Casto el pecho esquivo  
En obscura prision al conde puso,  
Y el muro de la cárcel vengativo  
Al sol de su clemencia le antepuso,  
Jamás el reino supo si era vivo,  
O si había del vivir perdido el uso,  
Dónde, ni cómo estaba, ó en cual sima  
El valor se hundió de tanta estima.  
Hasta que ya al real pecho obstinado  
La agradable piedad halló camino,  
Y con nuevos servicios obligado  
Del notorio valor de su sobrino

De dar trazó la libertad y estado  
Al preso conde, y á este fin previno;  
Para hacer un perdon en los dos primos  
De don Teudonio, la prision que vimos.  
Mas de don Sancho la enemiga estrella,  
Que contra su ventura peleaba,  
Al mejor tiempo le dejó sin ella,  
Y su luz vuelta de apacible en brava;  
Que como los dos héroes sin temella,  
Ni saber lo que el Casto rey trazaba  
En darle libertad, se hallaron presos,  
Y graves del castigo los escesos,  
Juntos ya en el torreado aleazar fuerte,  
Con la jurada fe y lealtad alzados,  
Al sospechoso alcaide dieron muerte,  
Y á dos partes de tres de sus soldados;  
Cuando sus pechos la contraria suerte  
De mayor brio que prudencia armados,  
Un nuevo capitan los dió vencidos,  
Y á su primer estado reducidos.  
Al ofendido rey vivas pasiones  
Nacieron, muerta la piedad primera,  
Con protesto que nuevas ocasiones,  
Graves servicios de humildad pechera,  
De los dos á ninguno las prisiones  
Libre el cuello daran hasta que muera:  
Y en esto firme el brazo justiciero  
Las cadenas dobló, y creció el acero.  
Y porque el nuevo mal sea con esceso,  
Y la larga prision menos suave,  
Llevar á don Teudonio manda preso,  
Adonde en inmortal cadena acabe,  
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,  
De fantástico brio, y zuño grave,  
En quien ni alivio tenga, ni halle abrigo,  
Que un necio nunca fue de nadie amigo.  
Con diez de su gallega gente, Ardano  
Para Ledesma el preso ilustre guía,  
Cuando al pié de un aliso en medio un llano  
Durmiendo hallaron á Garilo un día,  
Pocos despues que en término villano  
Y en maliciosa ingratitud habia  
A Bernardo, ya en sueño sepultado,  
La rica espada y el caballo hurtado.  
Y alegres de la presa, antes que el sueño  
Entera libertad diese al sentido,  
Con las manos atrás su incauto dueño,  
En las suyas sin ver se halló rendido:  
Cuando al claro cristal de un rio pequeño  
Bernardo, el escuadron desvanecido  
Encontró, y los dos presos, cuyos yerros  
Hacian mas graves los pesados hierros.  
Al uno en grave compostura un todo  
De valor encubierto corresponde,  
Y que lo ha visto le parece al godo,  
Si bien no tiene en la memoria adonde:  
Al otro en diferente talle y modo  
Conoce que es el que libró del conde,  
Y por la recompensa de librallo  
La espada le hurtó, y llevó el caballo:  
Holgóse de encontrar á su enemigo,  
Y no por su caballo ni su espada,  
Ni por dar á sus culpas el castigo,  
Ni por vengar la ingratitud pasada;  
Mas por quitarle como honrado amigo  
Segunda vez del cuello la lazada,  
Y probar si podrá en su pecho fiero  
El segundo favor mas que el primero.  
Detuvo el brioso paso al firme freno  
El potro al margen del arroyo escaso,  
Y el pequeño escuadron, de altivez lleno,  
Por él pasando fue sin hacer caso:  
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,  
Tan reportado el pecho como el paso,  
Cortés y afable, á la arrogante junta,